

A JOSÉ ANGEL TELLO LÁZARO Y SU MEMORIA^(*)

Magnífico y Excmo. Sr. Rector, Ilmas. e Ilmos. Sras, y Sres, colegas, Alumnas y alumnos de esta casa, amigas y amigos.

Sé sobre quién debo hablar, ...pero no alcanzo a saber cómo.

Ocupar cátedra académica para hablar del amigo muerto es honor difícilmente comparable. Sin menosprecio de otros, no imagino otro mayor. No son muchos los humanos recompensados con el honor de recordar, públicamente y de consuno, al amigo entre sus amigos, al colega ante los colegas y al profesor ante alumnas y alumnos en cuyas mentes pervive ahora Jose Angel Tello Lázaro.

Un privilegio honrado además por la presencia emocionada de sus seres más próximos y queridos.

No se les ocultará que ocupo, y en parte suplanto claro, el lugar y la misión de muchas y muchos. construir y proclamar un recuerdo colectivo que entre todos custodiamos al abrigo de esta casa y que esparcirán más allá de estas paredes sus alumnas y alumnos. No les propongo pues el mero recuerdo íntimo, que celosamente anidamos sus próximos en nuestro arsenal afectivo, sino mucho más: esa brizna de historia individual, singular, que sumada a tantas otras constituye el tejido esencial y vital de esta multiseccular institución universitaria que a todos nos acoge.

* * *

Mas es el caso que debo hablar de un otro que no es tal otro, sino más bien de una parte de mi yo propio. *De te fabula narratur*. La parca ha querido que el trance fuera así, pero el capricho hubiera podido hacer que fuera ahora mi entrañable amigo el narrador. Y tengan por cierto que no hubiera sido muy distinta su zozobra, sino la misma cabalmente que en este instante me aturde y sobrecoge. Es la amistad,

(*) El texto que publicamos corresponde a la intervención del Profesor Chueca Rodríguez en el solemne Acto de Homenaje y Recuerdo que la Universidad de Zaragoza y su Facultad de Derecho dedicó el día 12 de marzo del año en curso al Profesor José Ángel Tello Lázaro, Profesor Titular de Derecho Constitucional y Secretario de dicha Facultad de Derecho, fallecido el día 28 de marzo de 2000 a los cuarenta y ocho años de edad.

La dirección de la REVISTA y su Consejo lo incluyen como homenaje al profesor, colega y amigo que tan unido estuvo a muchos de nosotros durante largos años.

Se reproduce fidedignamente la intervención oral del Profesor Chueca Rodríguez.

esa forma de amor humano que en la cultura occidental excluye la concupiscencia, la que nos juega estas malas pasadas.

Aun sintiéndonos ambos sobradamente pagados en esta vida por los amigos que nos ha proporcionado, nada podríamos decirles sobre la amistad: una relación que nos unió más de treinta años, sin discontinuidades ni altibajos. La amistad, ese tipo de vínculo entre humanos que no se organiza, calcula ni administra. Que es casual en gran parte y que, como todo afecto de ley, resiste tropiezos, voluntarismos e intereses.

Quizá por ello adviertan que no sé cuando hablaré de mí y cuando del otro, de quien hoy nos falta aquí y falta a los suyos. Quizá en esa confusión acabe consistiendo la relación que nos ligó. Atesorarla ha sido un privilegio en el que permitirán que brevemente y ante ustedes me deleite.

No pretendo sin embargo compartir aquí relación tan entrañable. Ni vean en ello un acto de egoísmo o apropiación, sino el mero amor de amigo. Ni siquiera hollaré estos folios, torpes por emocionados, con una sola anécdota; aun disponiendo de tantas como para endulzarles largo rato el triste recuerdo.

Mi misión, abusando de su benevolencia y de la de quienes nos presiden, es proponerles la proclamación de un recuerdo colectivo ligado a unos valores: a una visión de la vida.

Ciertamente todos tenemos una, o deberíamos tenerla. Algunos incluso acompañada de esa característica tendencia a teorizarla. Aquí estuvo siempre sin duda su primera propuesta diferente. Sin abandonar sus querencias académicas —que respetó e hizo respetar en su caso con la energía que la convicción proporciona— Ángel Tello (soy de los pocos que le apeaba el José Ángel) creyó en el derecho como instrumento de libertad. Sobre esto no había duda, duda generacional.

Siempre pensó que la libertad era un placentero riesgo que merecía la pena correr. Y sus alumnas y alumnos son testigos de hasta qué punto era capaz de esforzarse en proporcionarles las instrucciones de uso necesarias para ello, siempre desde el respeto más sagrado a la conciencia de cada uno.

El derecho, en toda su complejidad, era un instrumento de mediación social. Un remedio. Nunca pretendió confundir a nadie: los juristas no hemos creado el mundo. Aunque muy frecuentemente avisaba sobre lo fácilmente que podíamos destruirlo.

Siempre soñó con la libertad. Incluso cuando, con el tiempo, se habituó a pagar impuestos por ella. Desde su etapa juvenil en que le

irritaba cualquier forma de sectarismo (incluso el propio, si es que alguna vez alguien pudo pensar que lo tuviera), gozó como pocos ante esas ridículas presentaciones de hispánicas banderías a las que tantas horas de estudio y lectura dedicó. Yo diría en todo caso que, llegada la libertad —sí, la libertad política—, mi amigo Ángel, y algunos otros con él, nos dimos de baja de muchas cosas, sin haber pertenecido a casi ninguna.

Pero nunca nos dimos de baja de otras...

* * *

En la década de los setenta se produjo en esta Facultad un fenómeno que, sin ser insólito en otras, adquirió aquí especial importancia. Una joven generación de excelentes profesores e investigadores sentaron cátedra, en el sentido más propio de la palabra, en esta casa. Algún día se hará esa historia, si es que hay que hacerla.

O a lo mejor ya la hemos hecho, pues para lo que ahora me importa bastará con que les diga que, de la promoción que terminamos estudios en 1973-74 al amparo de tan insignes maestros, una decena profesamos la ciencia jurídica en la universidad española. Ángel fue, pues, uno de aquellos, uno de los nuestros.

Sería injusto no traer aquí a presencia dos figuras que tanto significaron para él (y para mí, aunque como les dije, no es de mí de quien les hablo). Ni ambos —ni tantos otros después— hubiéramos recalado en esta casa de no ser por la influencia —que jamás se ha reconocido públicamente hasta donde sé— de un helenista (Serafín Agud Querol) —profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y catedrático del Instituto Goya— pero sobre todo heredero de la mejor tradición de la Institución Libre de Enseñanza que nos insufló la pasión y los secretos de enseñar, quiero creer que involuntariamente.

Y ni mi amigo ni yo hubiéramos sobrevivido a varias tempestades y galernas de no ser por la honda sabiduría, intelectual y vital, de quien precedió en la cátedra a nuestro común maestro, el profesor Ramírez. Me refiero a la impagable figura de Nicolás Ramiro Rico, el entrañable, querido y llorado *Old Nick*, sobre quien adeudo unas líneas para otro momento de mi vida. El joven profesor granadino Carlos Alba, en su intensa y breve estancia zaragozana, terminó de perpetrar la tropelía de facilitarnos nuestros juveniles sueños.

* * *

En momentos oscuros y nada fáciles de nuestra existencia colectiva —cuando comenzaba a romperse en nuestro país el *tiempo de*

silencio— tuvo Angel el palpito, el instinto o el barrunto, de asumir el perfil cosmopolita de la existencia. Cuando salir de España era muy parecido a pasar el Estrecho en patera, casi adolescente, tomó el riesgo a cambio del conocimiento. Viaje y lectura son escuelas de tolerancia que nos enseñaron quienes antes dije. Lecturas de famosos o malditos, prohibidos e inaccesibles, muy auxiliados siempre por nuestros librereros amigos, o amigos librereros. Porque deben saber ustedes que hubo un tiempo en que los librereros tenían nombre y faz, y eran nuestros amigos. Don José Alcrudo enriqueció nuestras vidas y nuestras mentes, si tal distinción puede hacerse.

* * *

De modo instintivo, con éxitos y fracasos, es como se avizoran poco a poco las ocultas reglas que gobiernan la existencia. Con razón y conocimiento construyó mi amigo sus dudas, seguramente sus únicas certezas. Pero de estas no surgió nunca un ser atormentado por la carencia de una ciencia cierta vital a que agarrarse, sino uno de los seres humanos más tolerantes que he querido. La tolerancia como verdad inencontrable, como verdad de verdades. En esto quizá le fui más fiel amigo que aprovechado alumno.

Esa tolerancia, que tanto pondero y envidio, tenía también sus límites.

Era especialmente enérgico con el estulto, esa especie que tanto resiste a su extinción. Y podía llegar a replicar con sutil crueldad al prepotente. Lo que irremisiblemente ocurría si aquél se emboscaba bajo el símbolo de la autoridad. Le debo momentos inolvidables por este lado, que sólo quienes hayan conocido el destrozo social de la dictadura sobre la idea de autoridad legítima y democrática, estarán en condiciones de comprender en toda su dimensión.

Pero el amigo —cuyo preciso recuerdo intento— era sobre todo humano, muy humano. Aunque a veces las circunstancias, que no su natural, le obligaran a disimularlo. Nacido en épocas donde la sensibilidad era tenida por femenina tacha, aprendió con el tiempo a ser natural en el afecto.

Aunque tarde, me fue dado contemplar al amigo felizmente perplejo ante su propia paternidad, que —entusiasmado— ejerció de modo exhaustivo, por el placer —no por el deber— de hacerlo. Seguramente fueron los mejores años de su vida.

* * *

De su juventud le quedó siempre un cierto afán por la aventura. En forma de empresa, ensueño o peripecia, algunas de las cuales lle-

gó incluso a perpetrar. Con éxitos. Pero también con algunos fracasos, cuya narración convertía en risueño pregón de desdichas: un lenitivo placentero y no una letanía de desgracias y ayes lastimeros. Nunca se tomó la vida a risa, pero nunca perdía ocasión de reír sus propios sucedidos. Y los ajenos, por supuesto.

De esta búsqueda del querer y ser querido, una búsqueda cada vez más central en su existencia con el paso de los años, fue fraguando una singular forma de ser que a más de uno equivocó. En toda relación humana que emprendía jamás exploraba diferencias, sino afinidades, nunca factores de tensión sino comunes motivos de alegría, sano jolgorio y esparcimiento. En esto era todo un clásico, un fino y sutil cultivador de la amistad y los afectos. No en balde teníamos leído en Homero que “los dioses no dan juntas las virtudes”.

Quizá por eso se guardaba mucho de los otros, de los malos; cuya existencia era para él tan indubitada como inexplicable. Jamás les persiguió ni temió, sino que sólo los motejó con el desprecio de la ignorancia: una práctica recomendable pues —como gustaba recordar— no suponía esfuerzo alguno. Su idea de la vida no le llevaba a actuar como si no existieran, sino a llenarse de prudencia frente a ellos, pues los malos —sobre ser malos, y por serlo— dedicaban una parte de la vida —siempre tan breve— a consumirla en tonterías.

Esto explica, según creo, que con cada uno de sus seres queridos construyera una relación singular, a medida. Era un sutil y fino cultivador de tan delicados tejidos. Ese fue su gran secreto. Un secreto a voces tras su muerte. Y es que, en su caso, interés y afecto se asociaban en un humano interés por el afecto. Siempre y hasta el último momento; incluso en la forma en que quiso ahorrar a muchos el dolor —o dosificarlos más bien— por la inminente despedida que se avecinaba.

Así veo a mi amigo, que ya no existe.

Y nada importa ahora que la imagen fragmentaria que ofrezco fuera la que él mismo abrigara de sí. Eso es ya incognoscible e irrelevante.

La realidad es siempre una *imagen*, una creación, de la situación que describimos.

Y el colega y amigo, el Angel Tello de quien les hablo, es. Es en la mente de sus alumnos que tanto le quisieron y le quieren porque —como diría un taurino— *transmitía*. Es en las piedras de esta casa y en sus gentes, que en una parte serían de otra manera —y en alguna otra ni serían— sin su paso por aquí y entre nosotros.

Y por todo ello trasciende, claro, en la memoria colectiva y en la de cada uno de nosotros.

Para siempre.